

# Entrevista a Fernando Álvarez-Uría

Raimundo Cuesta  
Fedicaria-Salamanca

## Fernando Álvarez-Uría: Nota bioprofesional

Nació en 1947 en Pola de Siero (Asturias). Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid. Doctorado en Sociología en París bajo la dirección de Robert Castel. Profesor Agregado de Filosofía en el Instituto Nacional de Bachillerato "Ramón y Cajal" de Madrid. Catedrático de Sociología en la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid. Habitual colaborador como articulista en medios de información como *El País*, *Archipiélago*, *Claves* y revistas especializadas en su campo de trabajo.

Pertenece a una generación de sociólogos críticos formados al calor de los movimientos sociales e intelectuales que se sitúan en las proximidades de mayo del 68.

Ha sido, junto a su compañera Julia Varela, codirector de la célebre colección "Genealogía del poder" de la editorial La Piqueta, una de las principales plataformas culturales responsables de la introducción de la obra de Foucault en España.

Entre su muy numerosa y valiosa producción bibliográfica, nos permitimos hacer una indicación de algunos títulos más recomendables.

- (1983)\*. *Miserables y locos. Medicina mental y orden social en la España del siglo XIX*. Barcelona: Tusquets.
- (1983). *Las redes de la psicología. Análisis de los códigos médico-sociológicos*. Madrid: FCE.
- (1989). *Sujetos frágiles. Ensayos sobre sociología de la desviación*. México: F.C.E.
- (1991). *Arqueología de la escuela*. Madrid: La Piqueta.



Fernando Álvarez-Uría (el tercero por la izquierda) presentando una colección de libros de Fedicaria en 2005 en el Círculo de Bellas Artes de Madrid.

**Nota:** Cuando al lado de la fecha figura un asterisco el título es de autoría individual, el resto son elaboraciones conjuntas con Julia Varela.

- (1991). Prólogo. En Foucault, M. *Saber y verdad*. Madrid: La Piqueta, pp. 7-29.
- (1994)\*. La cuestión del sujeto. Prólogo. En Foucault, M. *Hermenéutica del sujeto*. Madrid: La Piqueta, pp. 9-31.
- (1997). *Genealogía y sociología*. Buenos Aires: El cielo por asalto.
- (2000). *La galaxia sociológica. Colegios invisibles y relaciones de poder en el proceso de institucionalización de la sociología en España*. Madrid: La Piqueta.
- (2004). *Sociología, capitalismo y democracia*. Madrid: Morata.
- (2005). Capitalismo, sexualidad y ética de la libertad. Ensayo introductorio a Foucault, M. *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad I*. Madrid: Siglo XXI, pp. VII-XLV.
- (2008). *Materiales de sociología del arte*. Madrid: Siglo XXI.
- (2009). *Sociología de las instituciones. Bases culturales y sociales de la conducta*. Madrid: Morata.
- (2011)\*. La psicologización del yo: materiales para una genealogía del mundo interior. *Educação e Realidade*, 36 (3), 911-944. Disponible en la red: <[http://www.ufrgs.br/edu\\_realidade](http://www.ufrgs.br/edu_realidade)>.

## Entrevista

*PREGUNTA: En cierto modo, en toda vida intelectual hay algo de aventura, de conquista, en la que siempre se producen descubrimientos de tierras ignotas, y autores que han dejado una profunda huella en nuestro pensamiento. El descubrimiento de continentes tan extensos como la obra de Foucault supone una labor de asimilación personal y contextual que necesariamente conlleva un punto de invención, de reconstrucción adaptativa a nuestro mundo de inquietudes teóricas.*

*Nos interesa, en esta primera aproximación al asunto, que nos rememores tu inicial pulsión foucaultiana. Sabemos, por lo que tu compañera Julia Varela dejó dicho en esta misma revista (números 2 y 16), que en los años setenta, después de tu licenciatura en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid, coincidisteis ampliando estudios en París y os beneficiasteis asistiendo a algunos de los cursos*

*que Foucault pronunció en el Colegio de Francia. Como estudiante en la Universidad París VIII-Vincennes te doctoraste en sociología bajo el patronazgo de Robert Castel con una tesis cuyo resumen fue publicado más tarde, en 1983, bajo el título de Miserables y locos. Medicina mental y orden social en la España del siglo XIX. En 1976 Robert Castel, con el que mantendrás una larga amistad hasta el día de hoy [murió R. Castel a poco de terminar esta entrevista], publicó L'ordre psychiatrique, y el propio Foucault, por entonces había perorado sobre Le pouvoir psychiatrique en el Colegio de Francia, retomando el tema de su seminal Histoire de la folie à l'âge classique (1961).*

*A primera vista, este interés por la historia de la locura señala una temprana cercanía a la primera fase de la obra foucaultiana; el itinerario de tus deseos parece claro pero seguro que no lo es tanto. ¿Cómo un licenciado en Filosofía opta por especializarse en sociología en París? ¿Por qué el tema de la locura y la marginalidad? ¿Por qué ese problema visto en dimensión histórica? ¿Hasta qué punto Foucault y el ambiente intelectual del París de los setenta influyeron en tu posterior devenir?*

**RESPUESTA:** Mi acercamiento a la obra de Michel Foucault comenzó con la lectura de *Las palabras y las cosas*. Una arqueología de las ciencias humanas, un libro que data de 1966 y que fue traducido al español por la Editorial Siglo XXI en México en 1968. Leí el libro en francés poco después de llegar a Francia a comienzos de los años setenta, y no lo entendí muy bien. Me pareció farragoso, engorroso, poco claro, pero continué con la lectura del libro hasta el final porque, a cada paso, encontraba análisis innovadores, y también porque entendía lo suficiente como para comprender que tras los conceptos de regularidades discursivas, enunciados, archivo, epistemes, rupturas epistemológicas y arqueología del saber, se escondía un nuevo modo de indagación de la historia de los sistemas de pensamiento. Estaba entonces de moda el estructuralismo representado por Michel Foucault, pero también por Althusser, Levi-Strauss, Lacan y Barthes, y en la base del estructuralismo se encontraba el análisis estructural de los enunciados, es decir, todo un colectivo de lingüistas y semiólogos que se reunían en torno a la revista

*Communications*, y que prolongaban, y a la vez cuestionaban, la vieja tradición francesa de los comentarios de textos. En sus análisis fríos, casi realizados con bisturí, no había prácticamente espacio para el sujeto. Yo provenía de la España franquista, y más concretamente desde el punto de vista intelectual de una tradición católica, idealista, hermenéutica, en la que el progresismo estaba íntimamente unido al humanismo cristiano. Políticamente simpatizaba con los objetores de conciencia, con la no violencia, con las comunidades cristianas de base, como la que animaba en Madrid Casiano Floristán en la ciudad universitaria, y también con un pensamiento libertario inspirado en Tolstoi, pero lo que dominaba entonces en los medios estudiantiles eran las diferentes variantes del marxismo revolucionario. Di un giro hacía el marxismo a comienzos de los años setenta en París, pero sin saber muy bien hacia dónde decantarme, pues del marxismo se reclamaban los partidos comunistas y también grupos radicales que defendían que cualquier tipo de pacto, o compromiso entre las clases, debía ser considerado una traición intolerable al sujeto revolucionario, es decir, al proletariado. Políticamente, tras el orden del discurso, Michel Foucault proponía una crítica radical de las instituciones para el cambio social, que reenviaba en parte a la guerra de posiciones de Gramsci, pero también al pensamiento libertario que prioriza el cuestionamiento de los espacios de poder sobre la revolución pendiente. Al menos esa fue la lectura que muchos hicimos de sus análisis, una lectura que Julia y yo hicimos explícita en un artículo que se publicó en *Tiempo de historia* titulado "Foucault frente a Marx" (1977).

Mi interés por la psiquiatría, aunque me impresionó mucho la *Historia de la locura*, provino sobre todo de asistir en París VIII, en Vincennes, a los cursos de Robert Castel sobre la sociología de las instituciones psiquiátricas, unos cursos en los que participaban con frecuencia invitados como Franco Basaglia, David Cooper, Ramón García y otros. Castel había traducido y prologado *Internados* de Erving Goffman en la colección "Le sens commun", que dirigía Pierre Bourdieu, un libro que también publicaron

en Italia Franco y Franca Basaglia. Había por tanto una obsesión por aunar la crítica teórica, en el caso de Goffman la crítica sociológica, con la práctica política. En el Departamento de sociología de Vincennes se encontraban sociólogos próximos a Michel Foucault, entre otros, además de Robert Castel, Jacques Donzelot, y el compañero de Foucault, Daniel Defert. Foucault se sentía ligado por tanto a la tradición sociológica abierta por Émile Durkheim quien, al igual que el propio Foucault, pero también Pierre Bourdieu y Robert Castel, fue Profesor Agregado de filosofía. En Francia afortunadamente aún se conserva esa tradición republicana de los profesores de los liceos que prolongan su carrera docente en la Universidad. También había en París VIII un buen grupo de profesores marxistas, y entre ellos destacaba Nikos Poulantzas, pero había otros profesores mucho menos conocidos de quienes aprendimos mucho. Recuerdo un curso de Michel Meyer, al que asistíamos Julia y yo, sobre el *análisis ideológico del discurso* en el que, cuando exponíamos sobre el contenido de algunos libros que habíamos elegido para analizar, el profesor daba golpes de desaprobación en la mesa, y nos retaba a que encontrásemos en el libro el texto de lo que presuntamente habíamos leído, algo que en realidad era tan solo una proyección nuestra de lo que realmente se decía. Nunca agradeceré suficientemente a los maestros de Vincennes la transmisión de ese ejercicio de objetivación. Siempre digo que en París aprendí a leer en la Universidad.

El clima intelectual parisino a comienzos de los años setenta era de plena efervescencia, como consecuencia de mayo del 68. A diferencia de España, en donde la distancia entre profesores y estudiantes era abismal, en Vincennes esa relación era, en bastantes casos, de amistad y de cooperación, hasta el punto de que en ocasiones los estudiantes obligábamos a trabajar más a los profesores. Transmitían la pasión por el conocimiento. Y en París VIII lo que se planteaba era la producción de un pensamiento para la acción. Robert Castel defendía explícitamente la necesidad de una alianza entre los sociólogos y los profesionales de la psiquiatría para la abolición de la institución total. Así fue

como surgió la Red Europea de Alternativa a la Psiquiatría.

P.- Tu estancia en París parece encauzar y determinar tu abanico de preocupaciones; además allí se gesta una infrecuente, fértil y duradera colaboración intelectual con Julia Varela, que llega hasta hoy. Por lo demás, el elenco de temas que aboradas se irá diversificando, pero siempre dentro de áreas que tienen que ver con una aproximación histórica a los saberes y prácticas de "control social" ejercidas sobre gentes que viven en los márgenes de la sociedad. ¿Es así? Recientemente un libro de Rafael Huertas (2012), Historia cultural de la psiquiatría, postulaba la necesidad de revisar los enfoques que toman como base la "perspectiva del control social" de raíz foucaultiana. ¿Es necesario replantearse tales enfoques en el campo de la historia de la psiquiatría y en otros terrenos? ¿Qué sería necesario revisar, por ejemplo, en Miserables y locos...?

R.- Déjame que conteste a partir de una anécdota. Recuerdo mi primera visita a Leganés para consultar los archivos del manicomio modelo cuando ya estaba haciendo la tesis. En un paseo por el jardín interior, que ahora se ha convertido en un parque público, se me acercó por detrás un enfermo para pedirme un cigarrillo, y me dio un susto pues saltó en mí como un resorte la imagen estereotipada que identifica a la locura con la peligrosidad social. La vieja asociación de los locos con *animales furiosos y dañinos* aún estaba viva en alguien que pretendidamente iba a intentar guiar sus análisis por el punto de vista de los internos. En aquellos tiempos el psiquiatra aún era el domador de la locura. No se servía de un látigo, sino de una jeringuilla con la que inyectaba tranquilizantes de caballo. Los manicomios se parecían a las cárceles, y a los campos de concentración.

Ángel María de Lera escribió un viaje a través de los manicomios españoles de la época que era en realidad el viaje de la dejadez, del abandono, de los malos tratos. Basaglia cuenta que cuando entró en Gorizia la primera reacción instintiva fue salir corriendo. Afortunadamente para todos, permaneció en la institución y decidió proceder a su negación, a su desmantelamiento. La historia del manicomio es en buena parte la historia de la violencia terapéutica, la his-

toria de una violencia institucional contra los internos, los enfermos mentales. Así fue como una crítica un tanto primaria de la institución manicomial asoció a los psiquiatras con los policías. Pero en realidad fueron los psiquiatras progresistas quienes abanderaron la defensa de los derechos de los enfermos mentales. Cuando empecé a tratar de estudiar el proceso de institucionalización de los manicomios en España, así como su desarrollo, y sus funciones sociales, la percepción social del enfermo mental como *pe- ligroso para si mismo y para la sociedad* estaba aún de plena actualidad. Y sin embargo, lejos de ese estereotipo de violencia, creo que el enfermo mental es, muchas veces, por no decir casi siempre, alguien que recibe golpes y que no se sabe defender. Era necesaria una cierta crítica parcial para contrarrestar una historia secular de malos tratos, y se puede decir que, pese a las limitaciones de las reformas, tanto la percepción social de los enfermos mentales como su tratamiento sufrieron un cambio drástico para mejor. Para mí un libro colectivo importante en la época fue *Los crímenes de la paz* que hoy resulta desconocido para los jóvenes, y que, coordinado por Franco y Franca Basaglia, se publicó en 1975 en Italia. En España fue traducido por Siglo XXI (1977). En esa época asistí a una conferencia de Franco Basaglia en el hospital de la Cruz Roja de Madrid y me pareció brillante. Recuerdo que explicó con gracia que a los psiquiatras, cuando exploran a un enfermo mental, les tranquiliza mucho encontrar un diagnóstico. La percepción del manicomio como institución de control social era en esa época efectivamente dominante entre los sociólogos, pero creo que los análisis sociológicos y genealógicos, junto con la práctica clínica crítica, contribuyeron a hacer posible la aprobación en Italia de la ley 180 que a finales de los años setenta del siglo XX abolió los manicomios, abolió una institución totalitaria avalada en Francia por la famosa ley de 1838.

La historia de la psiquiatría, con anterioridad a la publicación de la *Historia de la locura* de Foucault (1975) era, por lo general, muy pobre. En España se repetía por doquier que el primer manicomio del mundo fue el de Valencia, y que el de Zaragoza

za inspiró a Pinel en el tratamiento moral. Los historiadores progresistas se ocupaban sobre todo entonces del movimiento obrero siguiendo la senda marcada por Tuñón de Lara o por Pierre Vilar. Investigadores como José Luis Peset y el propio Rafael Huertas, que cuentan ahora en el CSIC con un equipo estupendo de jóvenes historiadores de las ciencias, eran entonces una excepción. Tras regresar de Francia mantuvimos con el grupo que se formó en torno al Departamento de historia de la medicina de Pedro Laín Entralgo muchas discusiones e intercambios.

Creo que en la actualidad Rafael Huertas tiene razón en plantear la necesidad de ir más allá en el análisis de los planteamientos articulados en torno al control social. Yo hoy no escribiría *Miserables y locos*, un libro del que me siento relativamente satisfecho, pues en él se analizan los agentes sociales, los códigos teóricos, las prácticas clínicas, las poblaciones que son objeto de los tratamientos, así como las raíces de los cambios y las funciones sociales de los manicomios. Eso no quiere decir que sea insensible a las limitaciones, pues hay un desarrollo un poco teleológico, y apenas se habla de asuntos importantes, como las clínicas privadas. Si hoy tuviese que trabajar sobre el campo psicológico-psiquiátrico en una perspectiva de sociología histórica me inclinaría más por tratar de elaborar una genealogía de la psicología clínica en España, pues creo que sería una investigación que podría responder a la demanda de los psicólogos clínicos críticos, y también de los pacientes.

*P.- A finales de los años setenta Julia Varela y tú ya os instaláis en España, y antes de acceder a tu actual condición de profesor universitario de sociología en la Universidad Complutense practicas la enseñanza en un instituto de Madrid. Incluso tenemos registrado un texto tuyo de 1981 en el que proponías una nueva didáctica de la historia de la filosofía. Desde entonces, os convertís en difusores y, en cierta manera, en "inventores" de Foucault en España, muy especialmente desde la plataforma de la Editorial La Piqueta, con esa colección de "Genealogía del poder", en cuyo primer número, bajo el título Microfísica del poder (1992), se compendia un conjunto de importantes trabajos de un Michel Foucault "años*

*setenta" (entre 1971 y 1976), cuando sus textos adoptaron un matiz político muy radical. Vuestra presentación en las solapas sostenía entonces que "su finalidad [la de la genealogía] es hostigar y subvertir el poder allí donde éste se ejerce. Proyecto necesariamente histórico que trata al mismo tiempo de desenmascarar un tipo de historia universitaria que esconde bajo el rótulo del marxismo su carácter liberal-conciliador".*

*Si hemos de hacer caso a Valentín Galván (2010), los primeros tiempos de La Piqueta se situarían antes de la conversión de Foucault en objeto académico. Existiría así un Foucault hispano tomado en sentido radical en los años de la Transición por movimientos sociales, al estilo de las movilizaciones de presos dentro de la COPEL, y grupos de intelectuales comprometidos, muy distinto al posteriormente "academizado". ¿En qué medida La Piqueta, con un fondo que ya casi alcanza los cuarenta títulos, ha jugado un papel en este proceso?*

R.- Nuestro objetivo fue siempre dar a conocer la obra de Foucault y de otros pensadores al servicio de nuevos análisis críticos. Durante la transición se produjo un estallido de las viejas instituciones franquistas provocado por la fuerza de la libertad. La gente quería vivir en libertad, y ansiaba saber y discutir para buscar alternativas al orden instituido y dar sentido a la propia existencia. Los movimientos sociales eran potentes, y de hecho tanto los trabajos de Julia sobre las instituciones educativas como los que yo realicé sobre las instituciones totales conectaron con los profesionales, y con las asociaciones progresistas, y suscitaban debates. María Fuentetaja aceptó con generosidad nuestra propuesta de crear la colección de "Genealogía del poder" en Ediciones La Piqueta. Hicimos juntos un trabajo artesanal de ediciones y traducciones que encontró apoyo en la sociedad. Sin embargo la lógica de los partidos impuso su ley sobre los movimientos sociales. Buena parte de militantes de los movimientos sociales se integraron en los partidos políticos. Experiencias alternativas, como la publicación del periódico *Liberación*, duraron poco, y el hecho de que los partidos a la izquierda del Partido Comunista no se desmarcaran de forma inequívoca de ETA militar hasta muy tarde supuso un fuerte lastre, de modo que

cuando se produjo el 23 F la única esperanza de profundizar en la transición democrática pasó por un PSOE con mayoría absoluta, un PSOE en el que Alfonso Guerra dejó claro desde el primer momento que *el que se mueve no sale en la foto*. El PSOE gobernó con prepotencia, y muchos nos movíamos en posiciones maximalistas pretendidamente puras. Apoyamos el movimiento de los insumisos, formamos parte de la Acción Popular contra el GAL y contra la tortura. A partir de 1988 apoyamos la creación de la Revista *Archipiélago*, que nació como una cooperativa de crítica cultural, pero la izquierda cometió el error de no abanderar la lucha contra los crímenes de ETA en nombre de los derechos humanos, ni tampoco la crítica de los nacionalismos, pujantes en las comunidades autónomas ricas, en nombre del internacionalismo y de la solidaridad. ¿Tiene algún sentido hoy para la izquierda la creación de más fronteras y más Estados cuando lo que está en juego es la creación de una Europa social y solidaria con los destinos del mundo? El resultado fue que la transición se cerró sin que se produjese un proceso avanzado de democratización. En este sentido el 15M me parece que no sólo socializa a los jóvenes en una cultura de resistencia, señala a la vez la necesidad de encontrar caminos para hacer frente al imperio del capitalismo financiero.

Los libros de los que hablas responden en parte a ese proceso generacional que supuso el abandono de la implicación social y política y su progresiva sustitución por lo personal y psicológico. Esos libros conectan en buena medida con el cuestionamiento que tanto Foucault como Castel realizaron del psicoanálisis y de la cultura psicológica. Por mi parte sigo empeñado en transmitir a mis estudiantes en la Facultad de Psicología de la Complutense, en donde cada vez nos dejan menos espacio para la antropología y la sociología, una crítica del psicologismo que permita a los futuros psicólogos avanzar hacia una psicología crítica, una psicología que no sea psicologista.

En lo que se refiere a la Academia creo que el interés filosófico que despiertan en ella los estudios sobre la obra de Foucault, sobre todo después de muerto, es inversamente proporcional al de los trabajos so-

ciológicos realizados en la perspectiva de Foucault.

P.- *Aquellos años fundadores de La Piqueta fueron tiempos que acabaron desembocando en un progresivo debilitamiento del dinamismo cultural de la Transición. En ese contexto la recepción y usos de Foucault fueron muy variopintos. ¿Tienes una idea formada acerca de lo mejor y lo peor del impacto Foucault en la cultura española de aquella época?*

R.- Me parece que el mayor y mejor impacto que produjeron entonces los libros y cursos de Foucault es que obligaron a adoptar un nuevo estilo de pensamiento estratégico que suponía el final de la inocencia. Los análisis de Foucault pusieron de manifiesto que no hay espacio para la emancipación personal sin el cambio social, y, a la vez, que *no hay democracia efectiva sin contra-poder crítico* (la expresión es de Pierre Bourdieu, que también descubrió a Foucault cuando ya había muerto). Creo que lo peor son todas esas lecturas mecánicas y reduccionistas, presuntamente radicales o ultra-radicales, que llevan a determinados grupos a estar en guerra con la sociedad, y a vivir en el narcisismo de la excepcionalidad singularizada. Creo que el propio Foucault fue consciente de esa deriva cuando en el curso sobre la *Genealogía del racismo* cuestionó el modelo de la guerra para el análisis de la dinámica social. No, la violencia no es, como decía Engels, *la partera de la historia*, es más bien, como demuestra Norbert Elías, un lastre en el proceso de civilización.

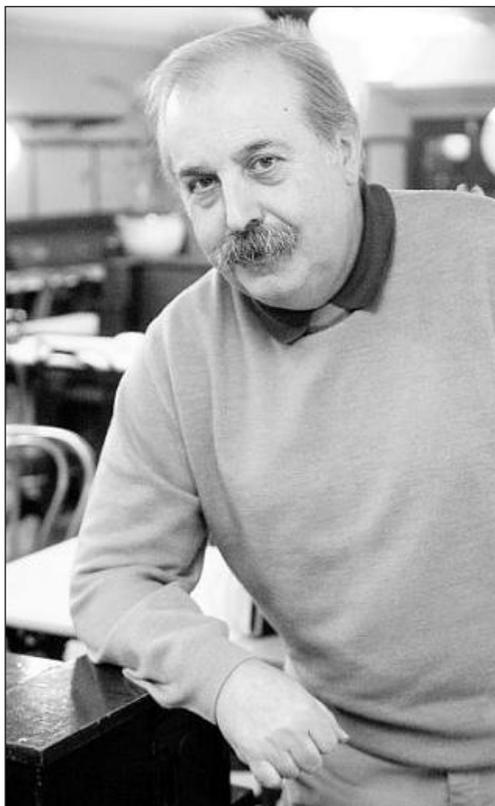
P.- *En Fedicaria algunos hemos trabajado, en buena parte gracias a vuestras aportaciones más relevantes y a vuestra labor espléndida de difusión, haciendo una historia de la escuela desde una perspectiva genealógica. Tú mismo presentaste en el Círculo de Bellas Artes mi libro Felices y escolarizados (2005). Incluso hemos incorporado, como puede verse en nuestra revista, este punto de vista genealógico a nuestra concepción de una deseable didáctica crítica. El libro de Julia Varela, su tesis francesa, publicada en La Piqueta en 1983 bajo el título de Modos de educación en la España de la Contrarreforma marcó una senda muy sugerente y fructífera, que también quedó esbozada en el célebre Postfacio a la obra de A. Querrien Trabajos elementales sobre la escuela primaria (1994).*

Incluso en el proyecto *Nebraska* de Fedicaria venimos utilizando el término “modos de educación” como herramienta heurística, aunque, no obstante, con una carga conceptual muy distinta. Con vuestra archiconocida *Arqueología de la escuela* (1991) se recopila, adereza y completa un conjunto de aportaciones sobre la genealogía de la escuela que luego son ampliamente citadas y reconocidas en España y Latinoamérica. En todas ellas brilla un concepto de genealogía radical, que, en mi opinión, posteriormente ha sido despojado por vosotros mismos de sus aristas más duras. Y así la oposición frontal, por ejemplo, a la “maquinaria escolar” o a otras “instituciones totales” se trueca en defensa de tales aparatos en cuanto son propiedad social y forman parte deseable del Estado benefactor, como puede colegirse de la lectura de dos de vuestras dos últimas síntesis de 2004 (Sociología, capitalismo y democracia) y 2009 (Sociología de las instituciones). ¿A qué se debe este viraje valora-

tivo? ¿Quizás a un efecto del deslizamiento de Foucault hacia posiciones críticas más blandas o matizadas respecto a su idea del poder y de los procesos de subjetivación? ¿Quizás a una reflexión metodológica y/o política propia?

R.- La vida social cambia, y nosotros también cambiamos con ella. El trabajo intelectual pierde sentido si, cuando uno trata de analizar un problema, recurre mecánicamente, en cada caso y en cada situación, a las respuestas preestablecidas, a los distintos catecismos de turno. Tanto Julia como yo nos hemos esforzado en mantener viva la libertad de pensar. Tuvimos la suerte, en parte porque luchamos por ello, de no tener que llevar la cartera a nadie, ni en el Instituto ni en la Universidad, y de intentar construir, un poco artesanalmente, nuestro propio camino. Contamos para ello, claro está, con la ayuda de amigos, y unas *redes sociales*, como se dice ahora, *densas*. Durante los veinte años que duró la revista *Archipiélago* (1988-2008) discutimos mucho con los compañeros del consejo de redacción de la revista, y creo que nosotros representábamos la línea reformista y posibilista frente a los que estaban contra todo, contra la economía, contra la democracia, contra la medicina, en suma, contra el mundo. Estar contra todo nos parece que lejos de ser una forma de resistencia se puede convertir en una posición fácil, adolescente, y, en último término, elitista. Sin embargo llegamos a un cierto pacto que proporcionó fuerza y agilidad a la revista.

Quizás la clave del cambio al que te refieres, y quizás a la vez la base de nuestras diferencias, esté en la percepción de lo que antes también nosotros llamábamos *Estado benefactor*, y ahora preferimos denominar *Estado social*. Como mostró Robert Castel en *Las metamorfosis de la cuestión social*, para los trabajadores no es lo mismo la condición proletaria que las posibilidades que abrió la sociedad salarial. El modelo europeo del Estado social keynesiano, que surgió tras la Segunda Guerra Mundial para luchar contra el hambre, la ignorancia, la enfermedad, la miseria, no es la panacea, pero tampoco es propiamente hablando el capitalismo, pues el Estado domestica al mercado, y lo subordina a los intereses colectivos propios de una sociedad democrática, propios de una



Año 2010: La prensa asturiana (*La Nueva España*) registraba su participación en un acto cultural.

sociedad que aspira a ser una sociedad justa. Yo creo que el reformismo puede ser a la larga revolucionario pues puede no sólo resolver la cuestión social, sino también abrir la vía a una sociedad global en la que el paro desaparezca y se avance hacia la consolidación de instituciones democráticas en sociedades cada vez más justas.

En una conferencia que pronunció en los años treinta John Maynard Keynes en la Residencia de Estudiantes titulada “El mundo que conocerán nuestros nietos” nos anuncia que hoy tendríamos que vivir en sociedades en las que el problema económico estuviese resuelto, con una jornada laboral mínima, y tiempo libre para ir al cine, a los conciertos, a los museos, para discutir, leer... La profecía de Keynes no se cumplió, pero él puso todos los medios para superar el capitalismo de mercado, tanto a escala del Estado nación como a escala global. En esa misma conferencia, que está publicada por la revista de la Residencia de Estudiantes, define al capitalismo como la expresión de una irracionalidad reprochable.

*P.- Lo cierto es que yo aprecio algunos flancos débiles en vuestros trabajos de los años noventa, cuando acuñaís más sistemáticamente lo que llamas modelo genealógico de análisis como método deseable para la sociología. Así, por ejemplo, se desarrolla en Genealogía y sociología (1997), cuya principal carga metodológica también se reproduce en la primera parte del libro de J. Varela, El nacimiento de la mujer burguesa. El cambiante desequilibrio del poder entre los sexos (1997). La concepción genealógica que ahí tratáis de rescatar devuelve una imagen que reduce lo “genealógico” a una sociología atenta a lo histórico; una suerte de sociología histórica en la que caben los clásicos de la sociología y todos los teóricos sociales que tuvieron presente la dimensión genética de lo social (C. Marx, E. Durkheim, M. Weber, N. Elias y otros). Esta reducción de lo genealógico a lo sociohistórico se nos antoja un tanto forzada. Una cosa es que esos autores sean imprescindibles para pensar la sociogénesis de nuestro tiempo, como también lo son algunos otros continuadores de la obra de Foucault, y otra muy distinta que debamos atribuir a sus posiciones teóricas el calificativo de críticas. En nuestra opinión, sería mejor mantener la equivalencia entre el método genealógico y el pensa-*

*miento crítico, entendiendo la teoría crítica como Max Horkheimer la definiera en su tiempo, como negación y problematización de lo dado, supe- rando, además, la dicotomía académica entre sociología e historia. ¿No será que esta suavización de lo genealógico tenga que ver con un cierto olvido de la perspectiva nietzscheana? ¿Cómo, por ejemplo, puede caber dentro de una teoría crítica la posición epistemológica positivista de Weber contra los discursos “proféticos” y sobre la ciencia social y sus cultivadores como tarea y agentes desprovistos de juicios de valor? Para poner otro ejemplo, ¿es posible atribuir la misma naturaleza crítica a la Dialéctica de la Ilustración (1942), de M. Horkheimer y Th. W. Adorno, y al Proceso de civilización de N. Elias?*

R.- Entendemos la genealogía como una forma específica de historia, como una historia de los problemas de nuestro presente. Efectivamente, como mostró Foucault, las contribuciones de Nietzsche en *La Genealogía de la moral* y en *Más allá del bien y del mal* fueron muy importantes para cuestionar la teleología y el remontarse a los orígenes, también para cuestionar esa especie de mirada de medusa sobre el mundo, pero eso no significa que toda genealogía tenga que ser nietzscheana, y menos aún que todo trabajo crítico tenga que ser genealógico. La demostración que hace Karl Polanyi de que para entender el nacional-socialismo alemán y el fascismo italiano hay que remontarse a la Inglaterra de Ricardo no es nietzscheana, pero difícilmente se puede negar a *La gran transformación* la perspectiva genealógica, pues objetiva la realidad y los efectos de un problema de vital importancia en la actualidad, en el presente: la identificación del trabajador con una mercancía, con un instrumento de usar y tirar. Émile Durkheim, en *La evolución pedagógica en Francia*, muestra que nuestro sistema escolar está todo él permeado por la pedagogía jesuítica, lo que implica plantear efectivamente un problema: ¿Cómo un sistema pedagógico nacido en las sociedades absolutistas, y promovido por una orden religiosa que fue clave en la Contrarreforma, puede perpetuarse en sociedades democráticas y laicas? El análisis de Durkheim es claramente genealógico, y también *El capital* de Marx. En cierto modo el proceso de concentración del capital y el

predominio del capitalismo financiero que estamos viviendo fueron anticipados por Marx. En lo que respecta a Max Weber, que era el sociólogo más nietzscheano de los tres grandes clásicos, me parece que difícilmente se lo puede identificar con el positivismo, y que no se pueden soslayar sus brillantes análisis sobre *el espíritu del capitalismo*, que se enraízan en la historia. En lo que se refiere a la comparación de Norbert Elias con los frankfurtianos las conexiones entre ellos fueron fuertes. Te recuerdo que la publicación de *El proceso de la civilización* data de 1939, y de que tanto Elias como Karl Mannheim y los frankfurtianos inscribieron sus análisis en el *phylum* abierto por Max Weber sobre el espíritu del capitalismo. En principio un investigador social debe estar abierto a todos los instrumentos que le permitan objetivar y profundizar en la naturaleza de los problemas que se plantea, y que intenta resolver. Eso no significa adoptar una especie de eclecticismo, pues no todos los instrumentos tienen el mismo valor, ni se utilizan siempre con la misma agudeza.

P.- *Ciertamente, toda obra posee la condición de abierta y a esa ley no escapa la de Foucault, que habló de tantas cosas durante tanto tiempo. Existe, sin duda, el mito del autor y su obra como un todo y, al mismo tiempo, subsiste la tentación de trocear, pro domo sua, al autor en momentos o partes que más nos convienen. De vuestra lectura de Foucault sobresale la imagen de un irreprochable luchador de izquierdas por la libertad y por las causas justas. Recientemente, un sociólogo de generación distinta a la vuestra, un pretendiente a ocupar posiciones relevantes en el campo, Luis Moreno Pestaña, utilizando una lupa metodológica y conceptual tomada de Bourdieu, ha escrito un par de libros, Convirtiéndose en Foucault (2006) y Foucault y la política (2010), donde se proyecta una visión muy distinta de la tradicionalmente manejada entre, por decirlo rápidamente, los lectores de izquierda, señalando y subrayando su equívoco y serpenteante trayecto político (PCF, gaullismo, maoísmo, socialdemocracia, liberalismo, etc.). A través de esa mirada políticobiográfica de Foucault, Moreno Pestaña viene a mantener la tesis de que lo último es lo mejor y saluda el viraje de Foucault hacia el sujeto como un "arrepentimiento" de viejos errores genealógicos de libros como Vigilar y castigar.*

*¿Compartes estas tesis? ¿Existe realmente una progresión siempre hacia mejor en la obra intelectual y en la práctica política de Foucault? ¿Podemos entender Foucault como un adalid del nuevo sujeto neoliberal?*

R.- Creo que Luis Moreno Pestaña realizó, tanto en lo que se refiere a la biografía de Foucault como a la de Jesús Ibáñez, un trabajo de investigación muy serio, que pone de manifiesto el peso de lo social en las producciones intelectuales. Creo también, con otros muchos que lo cuestionaron, que con frecuencia Foucault realiza una genealogía sin agentes sociales. Sin embargo a mí personalmente me interesan más las obras menos filosóficas de Foucault, las más sociológicas.

P.- *Sí, sí, muy serio, pero con una imagen de Foucault que poco o nada tiene que ver, me parece, con la que ha proyectado vuestra propia labor interpretativa.*

R.- En realidad nuestros acercamientos a Foucault y a su obra son distintos. A Luis Moreno Pestaña le interesan especialmente los procesos de subjetivación y las relaciones intelectuales que hacen que Foucault se plantee determinados problemas a través de los cuales adquiere una determinada identidad académica como filósofo. A nosotros nos interesan especialmente sus contribuciones vinculadas con demandas sociales, las de los presos, los psiquiatrizados, y ello no tanto desde un punto de vista académico, sino en la medida en que sus análisis se pueden operativizar en la práctica política, en la medida en que pueden contribuir a un cambio social progresista.

P.- *Si realmente somos herederos de los enfoques foucaultianos probablemente no deberíamos considerar su obra ni como un "lo tomas o lo dejas" ni como un camino hacia la perfección cual flujo de ideas que se dirige a una desembocadura feliz e ineluctable, sino más bien, él solía decir a menudo, siguiendo expresión acuñada por Wittgenstein, como un "caja de herramientas". En esos términos analiza su influjo y legado V. Galván en su estudio ya citado sobre la recepción foucaultiana en España. Y, en efecto, la "caja de herramientas" ha devenido en un socorrido tópico para uso de tirios y troyanos. Pero, en mi opinión, no todo Foucault vale lo mismo. Para mí su aportación principal se condensa en La*

historia de la locura en la época clásica; en Nietzsche, la genealogía, la historia; en Vigilar y castigar; en La verdad y las formas jurídicas; y en el primer tomo de su historia de la sexualidad (La voluntad de saber). Sería otro lugar el adecuado para dar las razones de mi elección, pero creo que la obra de Foucault admite afinidades electivas múltiples no sólo porque sus exégetas suelen distinguir tres etapas temáticas y cronológicas (arqueológica, genealógica y ética a partir de El cuidado de sí), que algunos consideran diferenciadas y otros interpretan como fases sucesivas sobre un mismo tema (el sujeto en relación con el saber, con el poder y con sí mismo). ¿Cuál es tu opinión al respecto? ¿Cuál fue el Foucault más rico en sugerencias para tus investigaciones? ¿Cuál el que hoy permanece más vivo?

R.- Comparto tu opinión. Quizás añadiría a la lista *El nacimiento de la clínica*. Sin embargo estoy trabajando ahora sobre algo que no se encuentra en ninguna de esas obras, y que me interesa especialmente, pues también tiene que ver con el nacimiento de la ciencia moderna y con el capitalismo, pero sobre todo con la sensación dominante en los países hispanos de que somos incapaces de avanzar hacia un sistema democrático consolidado. Me refiero a la cuestión de cuándo, cómo, por qué, a través de qué procesos se produjo la incorporación de los países hispanos a la modernidad. Foucault nos habla, concretamente desde las primeras páginas de *Las palabras y las cosas*, de *El Quijote* y *Las Meninas* como dos obras que están en el gozne de la *episteme clásica*, es decir, que están en la base del moderno sistema de representación. Creo que es una intuición interesante, una propuesta poco contrastada, que pone en cuestión la pretendida identificación de la modernidad con los países protestantes del norte.

P.- Tesis ésta de la modernidad temprana (y no sólo imitativa y derivativa) de los países católicos que has defendido en trabajos empírico-históricos sobre la plasmación de un concepto moderno de "humanidad" en el pensamiento de defensa del indio americano o, por poner otro ejemplo, en *El expolio del Greco*, donde la pintura iniciaría un nuevo rumbo porque "el corazón del arte moderno late al ritmo de la defensa de la justicia y la libertad" (Álvarez-Uría, 2008, p. 72).

R.: Efectivamente. Siempre admiré en nuestro colectivo la información enorme que manejaís, una información que es fruto de vuestras lecturas, pero también de un trabajo en cooperación que os permite tener un mapa crítico del campo intelectual.

Como te decía, la reflexión de Foucault sobre la modernidad española me llamó la atención desde el principio, pues iba a contracorriente de esa concepción *miserabilista* de la historia de España y de América latina que en demasiadas ocasiones prodigan historiadores españoles y también algunos hispanistas mediocres. Creo que Foucault percibió con claridad, cuando visitó El Prado y vio el cuadro de Las Meninas, la ruptura epistemológica que esa pintura expresaba. Y esta es la tesis que retomo y sostengo en un libro que estoy escribiendo y que espero acabar pronto: la modernidad está íntimamente relacionada con el descubrimiento del género humano, es decir, con la superación de las religiones, con la superación de la dialéctica de fieles o infieles, del amigo y el enemigo, un descubrimiento que se produjo en la Europa del Sur (Italia, España y Portugal) en íntima relación con el descubrimiento del Nuevo Mundo. A mí me parece importante que la modernidad no se identifique con el *espíritu del capitalismo*.

P.- En 2004, con motivo del veinte aniversario de la muerte del filósofo francés, organizasteis en el Círculo de Bellas Artes de Madrid un coloquio cuyas ponencias han sido publicadas bajo el título *Pensar y resistir*. La sociología crítica después de Foucault (VV. AA., 2009). Allí tu maestro Robert Castel decía: "Pero si la subversión radical de la sociedad es imposible, podemos intentar traducir ese potencial crítico en términos de reforma". Sin duda, esta decreciente temperatura crítica y política es apreciable en su obra y en la tuya, muy claramente expresada, por ejemplo, en vuestra Sociología, capitalismo y democracia (2009), donde se ensaya una sociogénesis de la teoría social. En ese texto el actual Estado de bienestar, hoy en crisis, aparece como un horizonte deseable del pensamiento crítico que se nutriría de una tradición anterior. ¿Hasta qué punto el repliegue a posiciones políticas más, digamos, "socialdemócratas", tiene como corolario (o no) la reducción del filo crítico del pensamiento?

R.- Veo que insistes en la vieja crítica marxista al Estado social. Creo que la fuerza del argumento de Robert Castel radica en que, en buena medida, es capaz de explicar hasta qué punto el espacio abierto por la sociología crítica es en parte un logro posibilitado por el propio Estado social. Me parece que en este momento la defensa de las conquistas sociales logradas tras años de esfuerzos y de combates, la defensa y desarrollo del Estado social en Europa, no sólo debería ser una reivindicación socialdemócrata, sino un espacio de consenso común para los ciudadanos que defienden la democracia social y política. La defensa de una educación pública y laica, de una sanidad pública, de servicios públicos de protección social, en suma la defensa de una propiedad social que compartimos como ciudadanos, podría servir de base para un programa de unión de las fuerzas progresistas en tiempos de incertidumbre.

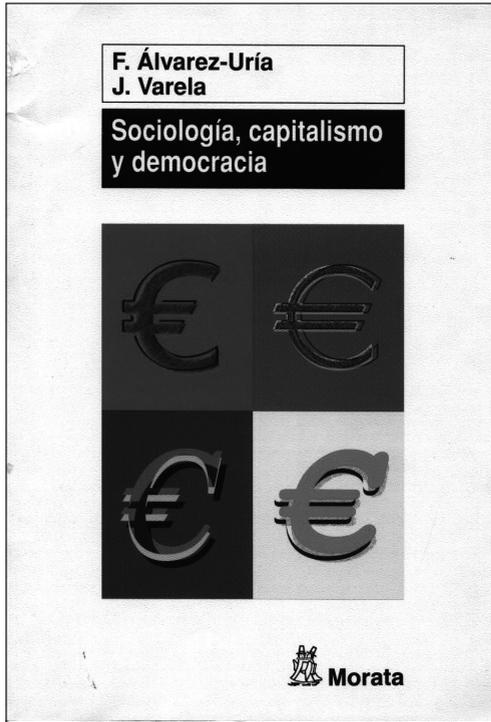
P.- Cierto, muy cierto. Esta plataforma común se suele defender en los editoriales de nuestra revista y en todos los foros de *Fedecaria*. Pero ¿acaso eso supone renunciar o hacer imposible una crítica en profundidad, aunque con todos los matices que se quiera, a las distintas plasmaciones del modelo social capitalista?

R.- El Estado social keynesiano abogó por acabar con la miseria, conseguir el pleno empleo, crear un sistema nacional de salud, universalizar la educación y potenciar los sistemas de protección. En la medida en que se trataba de poner freno al *espíritu del capitalismo*, en la medida en que se preconizaba la redistribución de la riqueza, tanto a escala del Estado nación como a escala internacional, así como avanzar hacia una sociedad de semejantes, el modelo no era hablando con propiedad un modelo social capitalista. Creo que las críticas fueron, y siguen siendo, necesarias para avanzar y no retroceder, en el camino de la democracia. Lo que discuto es que las críticas sean más radicales por el hecho de que satisfagan más nuestra autoestima. Los análisis deben estar al servicio de alcanzar entre todos una sociedad más justa. El baremo para medir el valor de una crítica no lo da el investigador, la da la demanda social en determinadas condiciones socio-históricas.

P.- Foucault reivindicó la figura del “*intelectual específico*” como modelo de intervención en la esfera pública. Tú has participado en muy variadas tribunas públicas, a veces en medios oficiales del progresismo como *El País* o *Claves*, defendiendo tus puntos de vista. Parte de tu obra está destinada a reflexionar sobre tu profesión -cabe aquí recordar *La galaxia sociológica. Colegios invisibles y relaciones de poder en el proceso de institucionalización de la sociología en España* (2000)- y es muy de apreciar tu compromiso de trabajo en la revista *Archipiélago*. La gente de *Fedecaria* que impulsamos nuestra revista *Con-Ciencia Social*, desde hace diecisiete años, tenemos la sensación, además de las dificultades de supervivencia propias de empresas críticas como la nuestra, del declive de los intelectuales como protagonistas de discursos alternativos en la esfera social. En algunos de vuestros últimos libros parece como si quisierais dejar memoria entre las generaciones jóvenes de vuestra aportación. ¿Acaso existe un vacío generacional crítico en la galaxia sociológica? ¿A qué puede deberse la retirada crítica de la esfera pública? ¿Hasta qué punto el campo sociológico en España puede echar en falta prácticas teóricas y políticas como las de Jesús Ibáñez, Carlos Lerena, Ignacio Fernández de Castro, por citar algunos ilustres desaparecidos? ¿Volver a Foucault tiene sentido aquí y ahora?

R.- Nuestros últimos libros, concretamente *Sociología, capitalismo y democracia* (2004) y *Sociología de las instituciones. Bases sociales y culturales de la conducta* (2009), son el producto de años de docencia en la Universidad, y están dedicados especialmente a nuestros estudiantes, que en buena medida los hicieron posibles. Son por tanto libros que cierran un ciclo, cuando nos vamos haciendo viejos, y se aproxima la edad de la jubilación. Más que dejar memoria de nuestra aportación lo que pretendemos es ceder el testigo a las nuevas generaciones de sociólogos jóvenes. Creo que lejos de existir un vacío generacional llega una generación crítica, muy brillante y bien formada, a quienes no les van a poner las cosas fáciles, por lo que tendrán que pelear.

*Sociología, capitalismo y democracia* (2004) pretende romper con las canónicas introducciones a la Sociología que se habían convertido en una especie de género literario



Portada de *Sociología, capitalismo y democracia*.

de la industria textil a través del cual los catedráticos, o aspirantes a catedráticos, se permitían el lujo de reunir a los sociólogos como si se tratase de una ristra de chorizos, y hablar de ellos como si se hubiesen caído del cielo. En la mayor parte de esos análisis está ausente la mínima contextualización sociológica de las producciones intelectuales. El libro pretende a la vez poner de relieve que *la cuestión social* está en el centro de la reflexión sociológica, algo que después de leer el libro parece obvio, pero que sin embargo resulta nuevo.

*Sociología de las instituciones* (2009), por otra parte, pretende ser una síntesis de trabajos de sociología que nos interesan, y va dirigido a nuestros estudiantes de psicología y de periodismo, pero también de sociología, y a todos aquellos que se quieran adentrar en las relaciones complejas existentes entre los individuos y las sociedades en las que vivimos.

La formación de los futuros sociólogos es clave para este país, y también para América latina, y desgraciadamente organizaciones

reaccionarias como el Opus Dei, formadas por miembros que rezan a los ángeles custodios, tienen un peso enorme en algunas facultades de Sociología, como la de Granada, lo que no deja de ser un sinsentido. En la Universidad Complutense rectores como Gustavo Villapalos y Rafael Pujol favorecieron la irresistible ascensión de miembros de esta organización en la Escuela de Trabajo Social, Ciencias de la Educación, Medicina, Periodismo, y hasta en los servicios de biblioteca y de la administración de la Universidad, por no hablar de la presencia de sacerdotes pagados con fondos públicos en las capillas de las Facultades, lo que contradice abiertamente la naturaleza laica, universalista, de los servicios públicos. El futuro se presenta difícil, y más que echar en falta grandes nombres de sociólogos –aunque sin duda los nombres que mencionas fueron en muchos sentidos ejemplares– creo que será preciso que en el futuro surjan intelectuales colectivos, equipos de análisis e intervención social que actúen en defensa de la verdad a partir del rigor epistemológico y metodológico, es decir, a partir de criterios científicos. El campo científico es un espacio por el que merece la pena luchar contra los fabricantes de mixtificaciones. Me gustaría creer que para los sociólogos Foucault será durante mucho tiempo una fuente de inspiración, pero lo que no tiene sentido es sacralizarlo, ni encerrarlo en un mausoleo. Con el cuerpo incorrupto de Lenin ya tuvimos bastante.

P.- *En Fedicaria algunos venimos manteniendo y defendiendo la idea de una didáctica crítica como base de la resistencia contra los códigos imperantes en la institución escolar. Ello supone, entre otros postulados, problematizar el presente y pensar históricamente, o sea, practicar una suerte de acción genealógica. Tú, en tus tiempos de profesor de instituto, planteaste cosas así, ¿no? En varias ocasiones os habéis ocupado del tema de las reformas educativas en algún número de Archipiélago, como por ejemplo, aquel Educar, ¿para qué? de 1991, y en el libro de entrevistas organizado por Julia Varela –Las reformas educativas a debate, 1982-2006 (2007). Ante la situación actual de contrarreforma de la contrarreforma educativa promovida por el Gobierno actual, ¿en qué puede consistir la tarea de resistir en el campo de la educación?*

R.- El hecho mismo de crear un colectivo de intervención, como habéis hecho vosotros, y en el que os mantenéis desde hace años, es fundamental. Creo que para ser un buen profesor habría que transmitir a los estudiantes la pasión por el conocimiento, y a la vez un compromiso fuerte en favor de la búsqueda de la verdad. La enseñanza tiene que alimentar la curiosidad propia de los jóvenes que quieren saber. A mí no me gusta el término *alumno*, ni tampoco el de *discípulo*, prefiero el de *estudiante*, alguien, como escribió Albert Camus, *digno de conocer el mundo*. Respetar a los estudiantes está reñido con el adoctrinamiento. Todo lo contrario de lo que hacen otros. Déjame que te lea lo que escribe sobre la biografía de Foucault una profesora de la Universidad de Navarra (no confundir con la Universidad Pública de Navarra), posiblemente una discípula aventajada del santo Marqués de Peralta, en un libro titulado *De Foucault a Derrida pasando fugazmente por Deleuze y Guattari, Lyotard, Baudrillard*, publicado por esa prestigiosa Universidad en el año 2001:

Filósofo, historiador, activista político. Michel Foucault (Paul Michel) nace en 1926 en Poitiers, una ciudad bastante conservadora, y muere en París en 1984. Su padre era cirujano. Foucault tenía cabello castaño, nariz grande, ojos azules miopes. Quería especialmente a su madre y a su hermana Francine. Era de familia católica.

Foucault sostiene que cada una de sus obras es una parte de su biografía. En 1936, por ejemplo, ve a algunos refugiados de la guerra civil española, y esta imagen se imprime en su memoria infantil. Tiene una infancia burguesa. Sus aficiones son el ciclismo, el tenis, el teatro y el cine.

Estudia filosofía en la École Normale Supérieure de París, donde es alumno de Althusser. Estudia asimismo con Jean Hyppolite (1907-1968), el experto en Hegel. Foucault ama la historia, pero Hyppolite le hace ver que es la filosofía la que explica la historia. De estudiante Foucault lleva una vida difícil; es asocial, depresivo, polemizante, enfermo. Homosexual y sexualmente activo desde la adolescencia, al comienzo lo mantiene en secreto; pero más adelante los escándalos sexuales marcarán su carrera. Sus compañeros lo odian y lo creen loco. Foucault llega a cortarse el pecho con una cuchilla, persigue a un estudiante blandiendo una daga, intenta suicidarse con píldoras. Estos sucesos dan ocasión a su primer encuentro con la psiquiatría institucional; es sometido a tratamiento psiquiátrico, pero a la primera ocasión lo abandona.

Seguro que algún evaluador anónimo de la Aneca, en esas evaluaciones *de impacto*, que hacen los evaluadores sin acceder al contenido mismo de las investigaciones, premiará esta *visión aguda y penetrante de nuestro tiempo*, como se dice en la contraportada del libro, con un sexenio de investigación. Debemos curarnos en salud: ¡Los usos de los grandes hombres también pueden derivar en perversiones!

Madrid-Salamanca, enero de 2013.

#### REFERENCIAS

- ÁLVAREZ-URÍA, F. (1983). *Miserables y locos. Medicina mental y orden social en la España del siglo XIX*. Barcelona: Tusquets.
- ÁLVAREZ-URÍA, F. (2000). *La galaxia sociológica. Colegios invisibles y relaciones de poder en el proceso de institucionalización de la sociología en España*. Madrid: La Piqueta.
- ÁLVAREZ-URÍA, F. (2008). *Materiales para la sociología del arte*. Madrid: Siglo XXI.
- ÁLVAREZ-URÍA, F. y VARELA, J. (1977). Foucault frente a Marx. Anatomía histórico-política del orden burgués. *Tiempo de historia*, 34, 90-103.
- ÁLVAREZ-URÍA, F. y VARELA, J. (1997). *Genealogía y sociología*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- ÁLVAREZ-URÍA, F. y VARELA, J. (2004). *Sociología, capitalismo y democracia*. Madrid: Morata.
- ÁLVAREZ-URÍA, F. y VARELA, J. (2009). *Sociología de las instituciones. Bases sociales y culturales de la conducta*. Madrid: Morata.
- BASAGLIA, F. y BASAGLIA, F. (eds.) (1977). *Los crímenes de la paz. Investigación sobre los intelectuales y los técnicos como servidores de la operación*. Siglo XXI: México.
- CASTEL, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado*. Buenos Aires: Paidós.
- CUESTA, R. (2005). *Felices y escolarizados. Crítica de la escuela en la era del capitalismo*. Barcelona: Octaedro.
- FOUCAULT, M. (1968). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Siglo XXI: México.
- FOUCAULT, M. (1975). *Historia de la locura en la época clásica*. México: FCE.

- FOUCAULT, M. (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- GALVÁN, V. (2010). *De vagos y maleantes. Michel Foucault en España*. Barcelona: Virus.
- HUERTAS, R. (2012). *Historia cultural de la psiquiatría*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- MORENO PESTAÑA, J. L. (2006). *Convirtiéndose en Foucault*. Barcelona: Montesinos.
- MORENO PESTAÑA, J. L. (2010). *Foucault y la política*. Madrid: Tierradenadie.
- VARELA, J. (1983). *Modos de educación en la España de la Contrarreforma*. Madrid: La Piqueta.
- VARELA, J. (1994). Postfacio. En Querrien, A. *Trabajos elementales sobre la escuela primaria*. Madrid: La Piqueta.
- VARELA, J., (1997). *El nacimiento de la mujer burguesa. El cambiante desequilibrio del poder entre los sexos*. Madrid: La Piqueta.
- VARELA, J. (2007). *Las reformas educativas a debate, 1982-2006*. Madrid: Morata.
- VV. AA. (1991). Educar, ¿para qué? Monográfico de *Archipiélago*, nº 6.
- VV. AA. (2009). *Pensar y resistir. La sociología crítica después de Foucault*. Madrid: Círculo de Bellas Artes.